

El cual, por atraer á su servicio  
Este venturosísimo tirano,  
Le perdonó cualquiera maleficio,  
Escribiéndole carta de su mano;  
Donde se le mostraba muy propicio,  
Si dejase furor tan inhumano,  
Y donde no, si punto se detiene,  
Se le dará castigo cual conviene.

Vino la carta para don Enrique,  
Porque el emperador así le llama;  
Mas ¿quién habrá que se la notifique  
En todos los confines de la Ozama?  
Porque demás de no tener á pique,  
Al dicho, tiemblan todos de su fama;  
Teníanlos por trabajosos lances,  
Y echaban mil juicios y balances.

Como trajo la carta de clemencia  
El capitán Francisco Barrio-Nuevo,  
Hombre de gran valor y gran prudencia,  
A quien el riesgo fué de poco cebo,  
Habló con los señores del audiencia,  
Diciéndoles: «la carta yo la llevo,  
A mí me viene bien este viaje,  
E yo quiero hacer este mensaje.»

De percibir oferta semejante  
A los jueces altos no les pesa,  
Porque sabían ser hombre bastante  
Para tomar á pechos el empresa;  
Reconociendo dél de mucho ante  
Que no fué gavilán de poca presa;  
Y concordés en estos pareceres,  
Le dieron los recados y poderes.

Por la mejor manera que convino,  
Pertrechos necesarios proveídos,  
Seguía por la costa su camino  
Con treinta compañeros escogidos;  
Y dos meses gastó hasta que vino  
A descubrir los indios recogidos,  
Trastornando las cumbres y quebradas,  
Sin poder hallar rastro ni pisadas.

Después de tantos días, cierto día  
En unas espesuras donde estaba,  
Todos los desta noble compañía  
Oyeron una hacha que cortaba;  
Tomaron por acechos ésta guía  
Que con temores grandes los guiaba,  
Y por vía de breñas importuna  
Pudieron allegar á la laguna.

Aquí llegó con hasta diez soldados,  
Dejando los demás en la zavana;  
Vió indios en canoas bien armados,  
Que le hablaron lengua castellana;  
De su venida fueron avisados,  
Y cuánto de la buena paz se gana,  
Que le llamasen luego su cacique,  
Y que bien sabían ser el don Enrique.

Sin muestra de ningún desasosiego,  
Los indios con temor ó con recato  
Dijeron no poder cumplir su ruego,  
Porque estaba de allí prolijo rato;  
Mas Barrio-Nuevo hizo pasar luego  
Para se lo llamar cierto mulato,  
Y dadas las razones de quien era,  
Determinó venir á la ribera.

Al tiempo que los dos se ven la frente  
En diferentes puestos y riberas,  
Quitáron los sombreros juntamente,  
Y el Enrique habló de sus laderas:  
«Pase vuestra merced seguramente,  
Que aquí le serviremos muy de veras.»  
Pasaron á la parte de sus tambos,  
Y abrazos de amistad se dieron ambos.

Debajo de un mamey, árbol umbroso  
Que frutos á la vista representa,  
Se sentaron entrambos de reposo  
A la sombra y frescor que les contehta;  
La carta del monarca poderoso  
Le dió con relación de larga cuenta,  
La cual consideró por larga pieza,  
Y puso luego sobre su cabeza.

Acerca del perdón que represento  
Tuvieron sus demandas y respuestas,  
Usando de comun comedimiento  
A los cristianos hizo grandes fiestas;  
Hizo de capitanes llamamiento,  
Diciendo: «buenas bulas son aquestas,  
No cumple ya dejallas de la mano,  
Pues las envía rey tan soberano.»

Vinieron todos con brazos abiertos  
A bien que tanto bien les ofrecía;  
El don Enrique hizo los conciertos  
Con la seguridad que convenía;  
Dejó las asperezas destos puertos,  
Volvióse do primero residía,  
Su vida fué después vida segura,  
Y así se concluyó guerra tan dura.

De los de mas pesados movimientos,  
El negro Lemba fué principalmente  
Que juntó negros mas de cuatrocientos,  
Acudillándolos varonilmente;  
Fué negro de perversos pensamientos,  
Atrevido, sagaz, fuerte, valiente,  
Y en su rebelión de muchos años  
La tierra padeció notables daños.

Persona mal sabida, recatada,  
En todas sus astucias otro Davo,  
En el asalto de cualquier entrada  
Diligente, feroz, cruel y bravo;  
Y en este nuevo reino de Granada  
Tuve yo nieto suyo por esclavo:  
Muchacho, pero tales sus costumbres,  
Que me daba no pocas pesadumbres.

Pocas cosas había dél seguras  
Por ser lobo cerval de gran destreza,  
En embustes, marañas, travesuras,  
En astucias, cautelas y viveza:  
Una de las mas malas criaturas  
Que creó que formó naturaleza,  
Y antes de reventar mas demasias  
Agua rápida dió fin á sus días.

Sus fines no causaron desconuelo,  
Antes su desventura fué propicia;  
Pues si viviera mas este mozuelo,  
Segun iba creciendo su malicia,  
Venciera las maldades del abuelo,  
A quien después mataron por justicia:  
Alzóse después dél un Joan Vaquero,  
El cual vino también á pagadero.

Porque durante las rebeliones,  
Cuya gran pesadumbre fué notoria,  
Hubo soldados diestros y varones  
Dignísimos por cierto de memoria:  
Pues allanaban estos tropezones  
Gozando de grandísima vitoria,  
Haciendo siempre lances principales  
En aquestos guerreros infernales.

Uno destos que vamos relatando  
Aunque con pluma ya poca liviana,  
Se decía Fulano Villalpando,  
A quien llamaban barbas de zavana:  
Para cualquier trabajo nada blando,  
Rojo, de proporcion algo mediana,  
Pero por bosques, cumbres, montes agros,  
Hizo cosas que son como milagros.

De los que peleaban á su lado  
Podríamos hacer bien larga sarta;  
Destos Joan Freyle fué muy afamado;  
Y en ver y rastrear viveza harta  
Un Joan Rodriguez, otro buen soldado,  
Que yo traté después en Santa Marta,  
Un Joan, canario negro, con su perro,  
Que casi de razon no tuvo yerro.

Otro buen capitán, hombre bastante  
En la misma sazón, se dijo Vera,  
Que ninguno pasó mas adelante  
En la dificultad desta carrera;  
Pero volvámonos al almirante,  
Que grandes ratos ha que nos espera;  
Y á él también esperan desafueros  
Que fueron de su vida los postreros.

Estaban los vecinos sosesgados,  
Quietos en sus casas y viviendas;  
Mas como donde quiera que hay letrados  
No pueden faltar pleitos ni contiendas,  
Variedades, procesos fulminados  
Tocantes á personas y haciendas,  
En las furias del cual desasosiego  
Bravamente picaban al don Diego;

De muchas eminencias paternas  
Procuran los oidores despojallo:  
Las causas y principios destos males  
Por no sabellos bien aquí le callo;  
Mas las informaciones fueron tales  
Que el gran emperador mandó llamallo,  
El cual con obediencia comedia  
Puso por orden luego su partida.

Llegado pues á la real presencia,  
Tuvo con el fiscal grandes letijos,  
Anduvo no sin grande diligencia,  
Y con enojos mas que regocijos;  
De donde resultó grave dolencia,  
Y sin ver su mujer ni ver sus hijos  
Partió de los trabajos deste suelo:  
Délé Dios los descansos en el cielo.

Fué lindo y avisado cortesano,  
De gratas y de nobles condiciones,  
En miembros antes alto que mediano,  
Gentiles y bien puestas proporciones;  
Murió como católico cristiano,  
Acompañándolo santos varones;  
Dió fin á sus trabajos y tormentos  
Año de veinte y seis sobre quinientos.

Dejó hijos que hoy han acabado,  
Cristóbal y Luis el heredero,  
Que vimos suceder en el estado,  
Gentil y cortesano caballero;  
Puesto que por mujeres derramado,  
Y en se saber valer no muy entero,  
Por no dejar aqueste quien herede,  
Hijo de don Cristóbal le sucede.

La vireína sintió por maravilla  
El fin del marital contentamiento;  
Si grandes llantos hacen en Castilla,  
En Indias increíble sentimiento:  
Fueron también las cuevas de Sevilla  
Depósito del tal enterramiento,  
Y allí donde sus miembros fueron puestos  
Dos dísticos pusieron como estos.

*Hic maria Indorum profectus conditur ille  
Ad quem pro meritis sors inimica fuit.  
Munera percipit vivo concessa parenti:  
At cum divitiis tristitia fato simul.*

Aquí yace el almirante  
De la nueva monarquía,  
A quien, si hado podía,  
Lo puso menos delante  
De aquello que merecía.

Herédó, según los tales,  
Los oficios paternales;  
Pero con tautos vaivenes,  
Que en la herencia de los bienes  
También heredó los males.

## ELEGIA VI.

A la muerte de JOAN PONCE DE LEON, donde se cuenta  
la conquista del Boriquén, con otras muchas particu-  
laridades.

## CANTO PRIMERO.

Voz de mi ronco pecho, que profesa  
Grandes cosas en versos apacibles,  
Desea perfección en su promesa,  
Con muertes de varones invencibles;  
E ya Joan Ponce de Leon dá prieta  
Con hechos que parecen imposibles;  
Pues tuvo, como fué cosa notoria,  
En muy menos la vida que la gloria.

Este hidalgo fué cual le convino  
A la Belona fiera y á sus artes,  
Y con el gran Colon hizo camino  
Debajo de guerreros estandartes;  
En aquella segunda vez que vino  
A los descubrimientos destas partes,  
Señaló grandemente su persona  
En allanar la gran Anacaona.

En Higuey, de quien ya hecimos lista,  
Por Nicolás de Ovando fué justicia,  
Donde por indio que habló de vista,  
Del rico Boriquén tuvo noticia;  
Pidió con gran instancia la conquista,  
Por ser empresa digna de codicia;  
Ovando se la dió, y á muchas gentes  
Conduatas de conquistas diferentes.

Porque cuando Hayti se combatía  
Había caballeros generosos,  
Señaladísimos en valentía,  
De mayores empresas codiciosos:  
Así cada cual dellos pretendía  
Conduata de gobiernos honorosos,  
Para mejor probar su fuerte diestra,  
Y dar de su valor mas clara muestra.

El comendador pues se determina  
De dar do se conquiste gente rica:  
A Velazquez le dió la Fernandina,  
Y al capitán Garay á Jamaica;  
Ser desto cada cual persona dina,  
Por larga prueba ya se certifica,  
Y al Ponce de Leon, con largo mando,  
El Boriquén, á quien me voy llegando.

En diez y siete y diez y ocho grados  
Se suele computar altura deste;  
Los diámetros tienen prolongados  
Cincuenta y cinco leguas leste oeste;  
Rodéala por puntas y por lados,  
De belicosa gente brava hueste;  
Hecho y fama tiene de guerrera,  
Porque de los caribes es frontera.

Por treinta leguas hace sus desvios  
De los Hayties ya conmemorados;  
Vap por su medio montes poco frios,  
Porque los aires son todos templados;  
Vierten á todas partes dulces rios,  
Cuyas arenas son granos dorados,  
Sus recodos, remansos, vertederos  
Abundan de riquísimos veneros.

A la parte del norte Cairabone,  
Que mas que todo agua multiplica,  
Mas al oriente corre Tainabone,  
Cuyas vertientes son de tierra rica;  
Otro también se llama Bayamone,  
Y el que nombró Luisa la cacica,  
Camuy, Culibrimas, y el Aguada,  
De fértiles labranzas cultivada.

El Mayagüez al sur hace su playa,  
Y allá sus aguas Coriguex derrama,  
Al oriente demora Baramaya,  
Jacagua, y el que dicen de Guayama;  
Maao, Guayaney y Guibayana,  
Menos ricos que otros, según fama,  
Pero ninguno dellos falto de oro,  
Y en todas sus riberas gran decoro.

Teniéndolo pues Joan Ponce preparada  
Su gente con poderes que le dieron,  
En seguimiento fué de su jornada,  
Con lenguas de Hayti que lo siguieron;  
Y porque por San Joan fué su llegada,  
San Joan de Puerto-Rico le pusieron;  
Desembarcó la gente que traía  
En playa y arenal de una bahía.

La tierra se mostró de buen talante,  
Para tales designios conveniente;  
Gran cantidad de indios ven delante,  
Que salen á mirar la nueva gente,  
Pacífico mostraban el semblante,  
Sin muestra ni meneo diferente,  
El rey Agueibaná también venía  
Con una madre vieja que tenía.

Llegaron á la playa conocida  
Hablaban á la gente que llevaba,  
Regocijaronse con la venida,  
Segun en los aspetos se mostraba;  
Y con las mismas muestras los convida  
Joan Ponce que con lenguas les hablaba,  
Diciéndoles venir aquellas gentes  
Para ser sus vecinos y parientes.



Respondieron que vengan norabuena,  
El rey y madre vieja que ya digo,  
Pues amistad fiel nunca da pena  
A quien pretende ser fiel amigo;  
La cual de parte dellos será llena,  
En paz, conformidad y buen abrigo,  
Con lo demás á esto conveniente,  
Sirviéndolos en todo lo posible.

Como reconocieron destas gentes,  
Tan blandas y sinceras voluntades,  
Dieron algunos dones y presentes  
Para mas confirmar las amistades;  
Al menos á personas eminentes,  
O mas aventajadas en edades,  
Y á madre é hijo largo catecismo,  
Para que recibiesen el bautismo.

A estos nuestra fe se notifica,  
Prestando para todo buen oído;  
Pusieron doña Inés á la cacica,  
Joan Ponce de Leon al convertido:  
La paz y el amistad se fortifica,  
Sin muestra de tener amor fingido,  
Y estos les descubrieron minerales  
De oro de riquísimos caudales.

Formaron leves ranchos, cañaveras  
Compuestas y ligadas con bejuco,  
Taláronse los montes de riberas,  
Que por acá llamamos arcabuco;  
De las cuales no fueron las postreras  
Las de Manatubon y de Cibuco,  
Do fueran tan riquísimos veneros,  
Que no podrán crear los venideros.

El oro sus veneros mas abona  
A la siniestra mano y á la diestra;  
Joan Ponce va ganando gran corona  
Entre los indios y entre gente nuestra;  
Ansi quiso llevar por su persona  
Al gran comendador tan rica muestra;  
Pero cuando llegó halfó ser ido,  
Y don Diego Colon recién venido.

Fué su primer venida la que digo,  
Y á vueltas del consorcio virtuoso  
El don Diego Colon trae consigo  
Un Sotomayor, hombre generoso;  
Don Diego se le daba por amigo,  
Por ser hijo de conde valeroso,  
Y el rey á este por le hacer bienes  
Dió la gobernacion de Boriquenes.

Del cumplimiento destas provisiones  
Escusóse Colon por ciertas vias,  
Y á Joan Ceron nombró por ocasiones  
Que no faltaron en aquellos dias:  
Debajo de las cuales intenciones  
Nombró por alguacil á Miguel Diaz,  
De quien hemos tratado largamente  
En parte del historia precedente.

Volvióse pues Joan Ponce despojado  
Al Boriquén que vamos allanando;  
Pero muy poco tiempo ya pasado,  
El rey le mandó dar el dicho mando,  
Siendo de sus servicios informado  
Por larga relacion del buen Ovando,  
Y el Sotomayor fué favorecido  
Del Joan Ponce después de proveído.

Y así, con cortesano cumplimiento,  
De justicia mayor le dió renombre,  
Y al rey Agueibaná en repartimiento,  
Fundado pueblo, dicho de su nombre;  
Pero después diré con lo que cuento  
La grande desventura deste hombre,  
Que fué causa de muchos otros daños  
Que sucedieron en aquellos años.

Con el primer consorcio castellano,  
Bien lejos de la mar y malos puestos,  
A Caparra fundó, pueblo mal sano,  
Donde todos andaban indios tustos:  
Al cual mucho después le dió de mano  
Y le buscó lugares bien compuestos,  
Juntó de Bayamon que lo bastece,  
Y donde de presente permanece.

Son sus vecinos gente bien lucida,  
Nobles, caritativos, generosos;  
Hay fuerza de pertrechos proveida,  
Monasterios de buenos religiosos,  
Iglesia catedral muy bien servida,  
Ministros dotos, limpios, virtuosos;  
Fué su primer pastor y su descanso  
Aquel santo varon Alonso Manso:

Varon de benditísimas costumbres,  
En las divinas letras cabal hombre,  
Dignísimo de mas escelsas cumbres,  
Merecedor de mas alto renombre;  
Su nombre denotaba mansedumbres,  
Y así midió sus obras con su nombre;  
Fué de menesterosos gran abrigo;  
Porque lo conocí, sé lo que digo.

Fundó Caparra pues año de nueve  
Joan Ponce de Leon, hombre bastante;  
Mas cuando por lo dicho la remueve,  
Serian doce años adelante;  
Y por cumplir mi pluma lo que debe,  
Diremos otros pueblos, Dios mediante,  
Que fundaron entonces los primeros,  
Aunque los menos fueron duraderos.

Después al noroeste de Guayama,  
Rio que tengo ya conmemorado,  
En un sitio, que Cuánica se llama,  
Tuvieron otro pueblo fabricado:  
Bahía, pero tal que, segun fama,  
Es la mejor de todo lo criado;  
Fundólo don Cristóbal de decimos,  
Que es el Sotomayor que referimos.

Mas donde manifiestan mis escritos,  
No comportó la gente ser poblada,  
Por ser tanta la copia de mosquitos  
Que nunca se vió plaga tan pesada;  
Y así, vencido ya de tantos gritos,  
La pasó don Cristóbal al Aguada,  
Que es al oeste noroeste desta via  
Con nombre del renombre que él tenia.

Aquí y en todas las demás distancias  
Servian indios por repartimientos;  
Habia fertilísimas estancias,  
Y en ellas españoles muy contentos:  
Crecian cada dia las ganancias,  
De oro caudalosos nacimientos,  
En Quiminén, Guainea y Horomicos,  
Duyey y Cabuin, rios bien ricos.

Huye la chisme, cesa la conseja,  
Crece contento, nace regocijo,  
Sin olor ni barrunto ni semeja  
De guerra ni contienda ni letijo;  
Asegurándolos la buena vieja,  
Y el buen Agueibaná su noble hijo:  
Los indios mas feroces y mas bravos  
Servian mucho mas que los esclavos.

Gozaba, como digo, nuestra gente  
De riquezas, contento y alegría,  
Con el Agueibaná, varon prudente,  
Por quien toda la tierra se regia;  
Murió la madre, y él de muy doliente  
Vido también su postrimero dia;  
Al heredero, pero, no le plugo  
Sufrir ni tolerar tan duro yugo.

Algunos españoles mal regidos,  
Fiando de las viejas amistades,  
Andaban por mil partes divertidos,  
En sus estancias, minas y heredades;  
Casi que para siempre despedidos,  
De cualesquier rebeldes novedades,  
Aunque dias atrás, obra de un año,  
Negocio sucedió no poco extraño.

El cual aconteció por esta via:  
Un mozo, Joan Suárez Sevillano,  
A sus solas se fué, no sé qué dia,  
A casa de un señor, crúel tirano:  
Aimano, segun dicen, se decia;  
Y este mandó prender aquel cristiano  
Para jugallo, y después del juego  
Quien lo ganase lo matase luego.

Es su juego pelota saltadera,  
Grande, de cierta pasta ternecilla,  
Tantos á tantos anda la carrera  
En el batey ó plaza que se trilla;  
Y las rehazas son con la cadera,  
Con hombros, con cabeza, con rodilla;  
Es toda la porfia deste marte  
Que pase puesto de contraria parte.

Para la tarde dejan la batalla,  
Para que su frescor mas lo despierte,  
Regocijándose la yil canalla,  
Eu que la joya fuese desta suerte,  
Cada cual deseando de ganalla  
Para perdella luego con la muerte,  
Y el ahogado, triste, maniatado,  
A Dios encaminaba su cuidado.

El cual traje consigo cuando vino  
Un paje que se dió no mala maña,  
Pues visto de los indios el desino,  
La revuelta, la grita, la maraña,  
Acogióse, mas no por el camino,  
Sino por el rigor de la montaña;  
A Guarionex llegó todo lloroso,  
Do estaba Salazar el animoso.

Diego de Salazar, que lo miraba,  
Como persona que lo conocia,  
Luego le preguntó por qué lloraba,  
Y cual era la queja que traia;  
El indio le contó lo que pasaba  
Del riesgo que su amo padecia;  
Y por echar á su valor el sello  
Luego determinó de socorrello.

«Vamos, le dice, pues en un instante,  
Antes que el miserable mozo muera,  
Porque lo libraremos, Dios mediante.»  
El indio rehusaba la carrera;  
Mas con amenazallo fué delante,  
Hasta llegar á ver la gente fiera,  
Embarbascados en el ejercicio  
Para hacer el torpe sacrificio.

Encubrióse muy bien, por donde iba  
Los puestos de los juegos acechando,  
Holgándose de ver la presa viva,  
Y los que con placer andan jugando;  
Su saña de los ver es escesiva,  
Los labios con furor remordiscando,  
Diciendo: «yo prometo que si llego,  
Que mi jugar baraje vuestro juego.»

Este hidalgo, que Salazar llamo,  
En socorrer dijérades que vela,  
Presto, lijero, suelto mas que gamo,  
Mas vivo que la mas viva candela;  
Y al indizuelo dió para su amo  
En Guarionex espada con rodela,  
Mandándole que siempre lo siguiese,  
Cuando con mas furor arremetiese.

Llegó por el lugar mas escondido  
Con aquel fidelísimo vasallo,  
Saltó con un furor jamás oido,  
Tanto que no podrá yo relatallo;  
Y hizo con sus golpes mas ruido  
Que si fueran cincuenta de caballo,  
Aquí y allí saltando como onza  
Que para mayor salto se desgonza.

Donde mas riesgo ve mucho mas osar,  
Mas bravo que la nra brava serpiente,  
Y en el arremetida furiosa  
Cortó las ligaduras al paciente;  
El cual, con el ayuda venturosa,  
Cobró mayores brios de valiente;  
Aquello se le da que el mozo quiere,  
Y dicele: «haced como hicieré.»

Ambos á dos comienzan á porfia  
A menear de veras las espadas,  
Dando segun el caso requeria  
Profundas y crúeles cuchilladas:  
El golpe de la sangre que corria  
Henchia los caminos y calzadas:  
Aquí muertos vereis, allí caidos,  
Y todos de gran miedo poseidos.

Como si por la plaza de gran gente,  
Sin ser de los autores avisada,  
Soltasen algun toro de repente  
Tomándola del caso descuidada;  
Y con aquel temor incontinente  
Holgasen de la ver desocupada,  
Buscando cada cual una guarida  
Do pudiese mejor guardar su vida;

Ansi con el asalto repentino,  
Ruidos y alborotos del estruendo,  
Se vencieron de tanto desatino,  
Que parte de los indios van huyendo,  
Sin atinar á senda ni camino,  
O ya mal tropezando, mal cayendo,  
Ya sin querer torcer pecho ni cuello,  
Ya volviendo la cara para vello.

Otros también pusieron embarazos  
De flechas y macanas atrevidas;  
Destos vereis partidos en pedazos,  
Cabezas abolladas y hendidas;  
Cortados piés y piernas, manos, brazos,  
Que por aquel batey iban tendidas:  
Tan grandes estrañezas se hacian  
Que feroces leones parecian.

Aimano que se muestra mas constante  
Con bravoso furor y lozanía  
Al Salazar se puso por delante,  
Y semejantes cosas le decia:  
«Aquí quiero yo ver, fuerte gigante,  
Si te podrá valer tu valentía.»  
Cubrióse Salazar con el escudo,  
Y apenas tan gran golpe sufrir pudo.

La macana segunda vez enhiesta,  
Y estando levantada ya la mano,  
Allegó Salazar con la respuesta,  
Que bien creo que fué de brazo sano;  
Pues para no caer nada le presta  
Haber sido, segun dicen, de llano;  
Con todos los demás quedó tendido  
No muerto, pero muy amortecido.

Los encuentros con esto se concluyen,  
A tiempo que los dos están cansados,  
Los enemigos ya se deminuyen  
Por aquellas zavanas y collados;  
Ansi que, del lugar los unos huyen,  
Y los otros están como pasmados,  
Vuélvese Salazar, no por do vino,  
Sino tomó derecho su camino.

Con la gloria de triunfo merecido  
Caminan estos dos mano por mano,  
Aimano, que también quedó tendido,  
En sí volvió cobrando seso sano;  
Y juego con clamor encarecido  
Mandó que le llamasen el cristiano;  
Caminan con presteza mensajeros  
Tras estos dos heroicos caballeros.

Los indios caminando por la via,  
E yendo con el paso presuroso,  
Vió Salazar la gente que venia,  
Qué nada lo hicieron temeroso;  
Y puesta la rodela que traia  
En ella se sentaron de reposo;  
Deciale Suárez, que huyera;  
El dijo: «huir no, ni Dios lo quiera.»

«Otra diez tanta gente no bastara  
Para que no hiciéramos acervos,  
Demás de que sabemos á la clara  
Que son leones estos, y son ciervos;  
Son ciervos peleando cara á cara,  
Y si huis leones son protervos:  
Bebed y descansad en esa fuente,  
Dejad á mí con ellos solamente.»

Donde los dos hicieron su parada  
Llegó luego la gente que corria,  
Dieron al Salazar el embajada,  
Segun les pareció que convenia;  
El, sin que rehusase la tornada,  
Luego les respondió que le placia:  
Suárez contradijo sus intentos,  
Diciéndole ser locos pensamientos.



Teniendo Salazar ningún recelo,  
Daba justificadas sus respuestas;  
El otro con temor y desconsuelo  
Las manos á los cielos tiene puestas;  
Y las rodillas ambas en el suelo,  
Le ruega huya cosas tan molestas,  
Sino que pues hicieron buena suerte,  
No volviesen en busca de la muerte.

El Salazar le dijo: «buen amigo,  
En aquesta sazón y coyuntura  
Yo no consentiré que vais conmigo,  
Pues que teneis la vida ya segura:  
Yo solo tengo de ir á lo que digo,  
Puesto que lo juzguéis á gran locura;  
Seguro podreis ir de vuestra vida,  
Pues que teneis bien cerca la guarida.»

Suárez dijo: «id donde quisierdes,  
Ya que, señor, estais determinado,  
Que yo tengo de ir adonde fuerdes,  
Sin un punto faltar de vuestro lado,  
Para morir adonde vos murierdes,  
Sin aflojar jamás deste cuidado;  
Volvamos ambos donde nos atienden,  
Y allá veremos bien lo que pretenden.»

Al peligro que ya detrás dejaban  
Ambos á dos volvieron juntamente,  
Do vieron que sin armas esperaban  
Innumerable número de gente,  
Que todos con dolor acompañaban  
Al Aimanio, llagado de la frente,  
El cual desde bajó de la ladera  
Al Salazar habló desta manera:

«Salazar, valeroso caballero,  
Tu pecho de temor todo se escombe,  
No queriendo negarme lo que quiero,  
Pues pido lo que puede dar un hombre;  
Y es que me tomes tú por compañero,  
Con el valor y gracia de tu nombre,  
Que gloria me darán armas y damas,  
Si me llamare yo como te llamas.»

Oidas semejantes niñerías,  
Respondió Salazar con rostro ledo:  
«Por conocer en tí mis valentías  
Y no morar en tí brizna de miedo,  
Mi nombre, con las mas hazañas mías,  
De buena voluntad te lo concedo;  
Mas para lo tomar con mejor mano  
Sabras que te conviene ser cristiano.»

El indio destas cosas informado  
Parecióle bien y fué contento,  
Y así después de ser catequizado  
Le dieron este santo sacramento:  
Túvose de sus males por pagado  
En heredar aqueste nombramiento,  
Y los indios que Aimanio lo nombraban  
Agora Salazar apellidaban.

Volvierónse pues estos dos varones  
Do estaban sus amigos y parientes,  
Cargados de preseas y de dones,  
Y bien acompañados destas gentes:  
Gran amistad y grandes aficiones  
Mostraban sin zozobras diferentes;  
Pero poco duraron en sosiego,  
Segun, mediante Dios, diremos luego.

## CANTO SEGUNDO,

Donde se trata el gran rebelion de los indios boriquenes, y cosas que  
pasaron durante la guerra.

De pechos de pasión y dolor llenos  
A veces la paciencia se desvia;  
Dos bandos que de paz están ajenos  
Uno suele tomar mas osadía:  
Viendo que su contrario tiene menos  
Del mas que se pensaba que tenia,  
Su baja condicion hace mas alta  
Después que reconocen esta falta.

Sufriendo pues aquestos naturales  
No pocas sinrazones insufribles,  
Callaban por hallarse desiguales  
En armas aceradas y terribles;  
Piensan que son los nuestros inmortales,  
Y que también serian invencibles;  
Deseaban saber lo cierto desto  
Debajo de dañado presupuesto.

Quería ya pasar onceño año  
Con el millar y medio que se saca,  
Cuando por remediar su grave daño  
Hicieron indios junta muy bellaca,  
Do tomó cargo deste desengaño  
Urayoán, cacique de Yaguaca,  
Jurando no cesar con piés ni manos  
Hasta saber si mueren los cristianos.

Estando con intento tan acedo  
A sus promesas esperando lance,  
Pasó por allí Diego de Salcedo,  
Sin gente que le fuesen en alcance;  
Urayoán se le mostraba ledo,  
Sin muestra ni señal del duro trance,  
Haciéndole cumplida cortesía,  
Y dióle para ir gran compañía.

Partióse con los indios advertidos  
El que sin advertencia sale fuera,  
Mostráronsele todos comedidos  
Al tiempo de pasar una ribera;  
El cual por no mojarse los vestidos  
Sobre sus bombros va, que no debiera,  
Porque por ellos fué precipitado  
En lo mas peligroso deste vado.

Viéndolo vacilar en ese punto  
De mas de dos ó tres que esto hicieron,  
El golpe de los indios vino junto,  
Y un hora sumergido lo tuvieron,  
Hasta que conocieron ser difunto  
Y por hombre mortal lo conocieron,  
Aunque no lo tenían por tan cierto  
Que creyesen estar del todo muerto.

Y aun esperáronlo tercero día  
Por esperar al fin cuerpo abogado,  
Hablándole con grande cortesía  
Pidiéndole perdon de lo pasado,  
Hasta tanto que el cuerpo mal oía;  
Y cada cual quedó certificado  
Que no podia ser caso fingido  
Disimular un cuerpo corrompido.

Hecha desta manera larga prueba  
De que los españoles son mortales,  
Al vil Urayoán llegó la nueva  
De parte de los indios desleales;  
Al mal Agueibaná también se lleva  
Y á los demas caciques principales;  
Convócanse los grandes de la tierra,  
Para hacer de veras esta guerra.

Agueibaná por ser el mas potente  
A todos los demás así convoca,  
Porque la isla toda comunmente  
Pendia del mandato de su boca;  
Urayoán llegó muy diligente,  
Aimanio, Guarionex, Mobodomoca,  
Con otros principales conocidos  
Que del mismo furor vienen vencidos.

Y no me espanto destes pareceres  
Ni de que sean malos sus conceptos,  
Pues ven diminuidos sus placeres  
Y todos ellos andan inquietos;  
Y sus hijos y hijas y mujeres  
A servidumbre misera sujetos,  
Pierden de libertad aquellos fueros  
Que no pueden comprarse por dineros.

Llegada pues aquesta compañía  
En un universal ayuntamiento,  
Agueibaná, que todo lo movia  
Para perfeccionar su mal intento,  
A todos les habló lo que sentia,  
Haciéndoles un cierto parlamento  
Breve, mas por palabras bien compuestas,  
Las cuales en sustancia fueron estas:

«Si cesan los estragos de locura,  
Si quien tiene razon sin razon siente,  
Si memoria de bien antiguo dura,  
Ningun varon habrá que no lamente  
La grave sujecion y desventura  
Que todos padecemos al presente.  
¿Cuán afligidos, cuán atribulados,  
Cuán muertos, cuán corridos, cuán cansados!»

» Los días y las noches padeciendo,  
Servimos estas gentes extranjeras,  
A mas andar nos vamos consumiendo  
En minas y prolijas sementeras,  
Y todos ellos andan repartiendo  
Nuestros campos, zavasas y riberas,  
Aquello que aqui siempre poseimos,  
Y donde nos criamos y nacimos.

» Cada cual de nosotros damos tuédo  
A quien reconocamos obediencia,  
Y á todos cuantos males os enseño  
No hacemos alguna resistencia;  
Antes como vencidos de gran sueño  
Llevamos estas cosas con paciencia,  
Hasta dalles las hijas y mujeres  
Para sus pasatiempos y placeres.

» A la maldad y desvergüenza suya  
Como viles cobardes damos dano;  
No siento de vosotros quien concluya  
En remediar negocio tan pesado;  
Pues ¿quién hay de los hombres que no huya  
Siendo cornudo ser aporreado,  
Sino nosotros, vil y baja gente,  
Que pasamos por todo blandamente?»

» Pues decid, moradores desta tierra,  
Que dormís y roncaís con pecho sano,  
¿Vosotros no sabeis qué cosa es guerra?  
¿No nacistes las armas en la mano?  
¿No soleis alentaros por la sierra  
Mejor que si corriédes por llano?  
Pues ¿cómo falta ya quien nos acuerde  
El bien de tanto bien como se pierde?»

» Los caribes con sus ferocidades,  
Que sombra nunea fué que los asombre,  
Con tantas y tan feas crueldades  
Que tiembla de decillas cualquier hombre,  
Tienen en mucho nuestras amistades,  
Tiemblan del Boriquén y de su nombre,  
Y nosotros temblamos de doscientos  
Cojos, tullidos, mancos y hambrientos.

» Aquella vieja, mi bestial abuela,  
Y el insensato torpe de mi tío  
Nos hicieron creer cierta novela  
Que siempre tuve yo por desvario;  
Pero ya la verdad se nos revela  
Por aguas del Guarabo nuestro río,  
Que no son inmortales los cristianos,  
Y que pueden morir á nuestras manos.

» Por tanto, cada cual las haga prestas  
Y del pesado sueño se despierte,  
Echese dos carcajes á las cuevas,  
Aliste con furor el arco fuerte;  
Y sin otras demandas ni respuestas  
Mueran los enemigos mala muerte,  
Porque no puede ser mejor cauterio  
Para la llaga deste cautiverio.»

Movidos desta loca confianza,  
Responden los caciques del alarde:  
«Para poder tomar esta venganza,  
Conviene que ninguno mas guarde;  
Porque la dilacion y la tardanza  
Tanto peor será cuanto mas tarde,  
Y sean las primeras circunstancias  
Matar á cuantos hay en sus estancias.»

En esto quedan todos acordados,  
Pospuestos todos miedos y temores,  
Y aun agora van determinados,  
De dar sobre sus amos y señores,  
Estando todos ellos descuidados  
De semejantes riesgos y rigores;  
Que mala defension, que mal abrigo,  
Seguridad en cas del enemigo.

No cumplía mostrarse negligentes  
Los nuestros que roncaban de dormidos,  
Por ser los boriquenes tales gentes,  
Que pueden ser á todos preferidos:  
Membrudos, fuertes, sueltos y valientes,  
En el acometer muy atrevidos,  
Tan bravos, tan crúeles inhumanos,  
Que son bien menester entrambas manos.

Pues los caciques dichos convenidos,  
Sin que cosa se huelva ni se sienta,  
Fueron á los asientos conocidos  
Al punto y á la hora que se cuenta;  
Y de los españoles divididos  
Mataron luego mas de los ochenta,  
De manera que en una misma hora,  
Pagaron á sus amos la demora.

Agueibaná pagó con otro tanto  
Al amo don Cristóbal, que servia,  
La cual muerte cantaron en un canto  
De cierta borrachera que hacia,  
No sin admiracion ni sin espanto  
Del hermana hermosa que tenia,  
Que con el don Cristóbal se holgaba,  
Y le dió cuenta de lo que pasaba.

Durante pues el canto mal fundado,  
Un mozo, que se dijo Joan Gonzalez,  
En entender la lengua señalado,  
Queriendo percibir aquestos males,  
Desnudo segun ellos y embijado,  
Metióse con los mismos naturales,  
Y pudo conocer al descubierto  
Lo dicho por la india ser muy cierto.

Procuró de salirse del aprieto,  
Rodeado de plumas y poporos,  
Y con aquel aviso de discreto,  
Ya fuera de los bailes y sus coros,  
Habló con don Cristóbal en secreto,  
Diciendo: «señor, ciertos son los toros;  
Pareceríame muy buena cosa  
Que pongamos los pies en polvorosa.»

» No cumple dilacion; porque yo juro  
Que el esperar será gran desatino;  
Caminemos agora con escuro  
Porque yo guiaré por tal camino  
Que cada cual de nos vaya seguro  
Debajo confianza de mi tino.»  
El don Cristóbal dijo que se iria,  
Pero de noche no, sino de día.

Eran con don Cristóbal seis cristianos  
Que estuvieron la noche muy á pique,  
Siempre con las espadas en las manos  
Y no sin sobresalto de repique;  
Pero, claros los montes y los llanos,  
Mandó luego llamar á su cacique,  
Diciéndole: «hacemos hoy viaje,  
Danos gentes que lleven el fardaje.»

El indio respondió que le placía,  
Y trajo muchos indios bien dispuestos  
Para la gran maldad que pretendia  
Instrutos, avisados y compuestos:  
Partió la desdichada compañía  
Con los tamemes malos y molestos;  
El Joan Gonzalez su salida tarda,  
Casi quedándose por retaguarda.

Aquel que la traicion mal la meneó,  
Después que todos seis fueron partidos,  
Tomó trescientos hombres de pelea,  
En menear las armas escogidos;  
En seguimiento va de quien desea,  
Por caminos y pasos conocidos,  
Y el rey Agueibaná, mozo lijero,  
Al Joan Gonzalez alcanzó primero.

Dijole: «dónde vas», y dióle luego  
En la cabeza desaparecebida;  
Del golpe de la sangre quedó ciego,  
Y antes que segundase la herida,  
Hincóse de rodillas, y con ruego  
Pide que no le prive de la vida;  
El rey dijo, sintiéndolo tan flaco:  
«Adelante, dejad este bellaco.»



Dejaronlo con harta pesadumbre,  
Quebradas las narices y las muelas,  
Y á los demás les dieron certidumbre  
De su mal; pues les huellan ya las suelas:  
Rostro hicieron á la muchedumbre,  
Embrazadas espadas y rodela;  
Mas ¿qué verán los pocos entre tantos,  
Que no sean mortíferos espantos?

Rodean los trescientos combatientes  
El breve batallón de los cristianos;  
Necesidad los hace ser valientes,  
Bien como numantinos con romanos:  
Derríbense narices, muelas, dientes,  
Por el suelo vereis rendidas manos,  
Es la sangre que corre de manera  
Que va teniendo toda la ladera.

Como toros en coso son heridos,  
Por rostros, por espaldas y por lados,  
Por todas partes son acometidos,  
Todos traen los pechos traspasados:  
Ya casi muertos, pero no vencidos,  
Ni de vender su vida descuidados,  
Quisiera don Cristóbal la venganza  
Del rey Agueibaná, mas no lo alcanza.

El espada tenía ya cercana,  
Mas en ciertos bejucos estropeiza,  
Luego terrible golpe de macana  
Le hizo dos pedazos la cabeza;  
Y el resto de la gente castellana  
Para postrar gemido se adereza;  
Dieron los indios, aunque gente dura,  
A solo don Cristóbal sepultura.

Volviéron á buscar al Joan Gonzalez,  
No para defension de su partido;  
Mas él entróse luego por breñales,  
De suerte que no pudo ser habido:  
Obró Dios sus milagros y señales  
En escapar un hombre tan herido;  
Porque si la tal lengua pareciera,  
Aquesta desventura mayor fuera.

Huyendó de los ásperos escesos  
Que el rey Agueibaná con otros fragua,  
Descubiertos los cascós y los huesos,  
Y á todas horas cantidad de agua,  
Rompió por arcabucos mas espesos,  
Atravesando sierras de Jacagua;  
Salió por gobernar también su proa  
A un heredamiento dicho Toa.

Hallóse quince leguas mas adelante  
De lo que su juicio computaba,  
Gente nuestra halló bien ignorante  
De lo que la tal lengua relataba;  
Algun ángel llevaba por delante,  
Que por tan buen camino lo guiaba;  
Tuvo quien lo curó tan buena mano  
Que desde á pocos meses quedó sano.

Encendida la fuerza deste fuego  
Por los modos que tengo repartidos,  
Agueibaná, sin recibir sosiego,  
Juntó diez mil gandules escogidos;  
Y al indio Guarionex le mandó luego  
Que los lleve por bosques escondidos  
A dar en aquel pueblo del Aguada,  
Y á fuego y sangre dél no deje nada.

Todos fueron muy bien apercebidos  
Y confiados de su vencimiento;  
Los nuestros descuidados y dormidos,  
Que podrian ser todos hasta ciento,  
En los dos dichos pueblos repartidos,  
Y ajenos del rebelde movimiento,  
Salvo Caparra, do por Joan Gonzalez  
Joan Ponce supo todos estos males.

No pudo Joan Gonzalez lo que quiso,  
Ni los que con él juntos han llegado,  
Pues por ser el negocio de improvisó,  
Joan Ponce pudo ser el avisado;  
Y ninguno le pudo dar aviso  
A Sotomayor, pueblo descuidado,  
El cual Aguada es por otro nombre,  
A quien dió don Cristóbal su renombre.

Habia pues en estos dos lugares  
Al tiempo destas vueltas y marañas,  
Varones pocos pero singulares,  
Que hicieron proezas y hazañas,  
Mayores que los fuertes doce pares;  
Y aun se pueden tener por mas estrañas,  
Pues no se ponen en aquestos cuentos  
Fábulas, ni ficiones, ni comentarios.

Estaba Salazar en esta villa  
En fuerzas y en esfuerzo señalado,  
Sin que faltase punto ni hebillas  
Para varon heróico y esforzado:  
Gran siervo de la Virgen sin mancilla,  
Urbano, comedido, bien criado,  
Hubo también aquí Miguel de Toro,  
Que fué de las victorias gran decoro.

En tierra firme y en sus asperezas  
Mostróse con Hojeda gran guerrero,  
Y así, por sus hazañas y proezas  
El santo rey lo hizo caballero;  
Joan Lopez Adalid, cuyas destrezas  
No merecen aquí lugar postrero,  
Porque sus tinos son atrevimientos  
No se podrán decir en breves tiempos.

Añasco, cuya fuerza nada mansa  
Al escuadron desprecia mas armado;  
Un Sebastián Alonso, que no cansa  
Rompiendo lo que está mas reparado;  
Y aquel fuerte varon, Luis Almansa,  
Francisco Barrio-Nuevo, Joan Casado,  
Y aquel de color loro, Joan Mejia,  
Cuyo loor no halla demasia.

Y un hombre de Alanis, natural mio,  
Del fuerte Boriqúen pesada peste,  
Dicho Joan de Leon, con cuyo brio  
Aquí cobró valor cristiana hueste,  
Trajónos á las Indias un navío,  
A mí y á Baltasar un hijo deste,  
Que hizo cosas dignas de memoria,  
Que el buen Oviedo pone por historia.

Peró Lopez de Angulo, cuya lanza  
Hizo por escuadron ancho camino,  
Sin espantallo la mayor pujanza  
De batalla ni salto repentino,  
Donde no tuvo menos alabanza  
Martin de Guiluz, noble vizcaino,  
Fortísimo, lijero y animoso,  
Y en los trances de guerra venturoso.

También Joan Gil, que siendo mozo tierno  
Todos sus hechos fueron soberanos,  
Tantos, que tuvo destes el gobierno  
Dotado ya de dias mas ancianos:  
Fué gran terror y espanto sempiterno  
De todos los caribes comarcanos,  
Hasta metellos en su propia tierra,  
Y á su costa hacelles cruda guerra.

En aquesta sazón y coyuntura,  
Otros valerosísimos soldados,  
Que no sabré poner por escritura,  
Estaban en los pueblos señalados;  
Do va Guarionex con gran soltura  
Con los indios que dije bien armados;  
Y porqué fué reencuentro bien reñido,  
Después os contaré lo sucedido.

### CANTO TERCERO,

Donde se cuenta cómo llegó Guarionex al pueblo dicho Montemayor  
sin ser sentido, y lo que mas sucedió.

Pocas veces se goza de despojo  
De fuertes enemigos advertidos,  
Cuando contrarias gentes ven al ojo  
Y no llegan por pasos escondidos;  
Mas causan perdición y gran enojo,  
Si llegan sin que puedan ser sentidos,  
Porque cualquiera asalto repentino  
Es causa de muy grande desatino.

Pues para lo que agora se procura,  
Está Sotomayor muy ensoñado,  
Entonces por ser poca la cultura,  
De todas partes no bien escombrado;  
Antes montañas, selvas, espesuras,  
Lo suelen asombrar por cada lado;  
Y á questo dió lugar á que viniere  
El indio sin que nadie lo sintiere.

Verdad es que, según hemos oido,  
A hombre que salió desta compañía,  
Un indecito niño, dicen, vido  
Indios armados ir por la montaña;  
Pero su dicho nunca fué creído,  
Y todos lo tuvieron por patraña,  
Y así durmieron todos descuidados,  
El cual descuido fué por sus pecados.

El acechado pueblo ven seguro,  
Donde cualquier espía se convierte,  
Sin defension de vela ni de muro,  
Ni casa que se pueda decir fuerte;  
Esperaron al tiempo mas escuro  
Para mejor poder hacer la suerte,  
En partes repartidos allí junto,  
Y macanas y flechas muy á punto.

Seis horas antes fué de la mañana,  
Cuando Morfeo mas se detenía  
En regalar la vista castellana  
Con una soñolienta melodía;  
E ya la clara lumbre de Diana  
Sus doradas mejillas encubría,  
Cuando la gente del protervo bando  
El descuidado pueblo va cercando.

En partes se reparten con sosiego,  
Sin alboroto, grita ni ruido,  
A las pajizas casas ponen fuego,  
El cual con gran furor es encendido;  
Aqueste daño hecho, suena luego  
Una terrible grita y alarido;  
Los gritos fueron tales y tan altos,  
Que causaron pesados sobresaltos.

Despertaron aquí los que dormian,  
De tales novedades alterados;  
Las llamas á huir los compellan,  
Huyendo se hallaban mas turbados:  
Flechas, humos, calores, impedian  
Las espaldas, los rostros y los lados;  
Las lumbres descubrian los engaños;  
Mas eran causa de mayores daños.

Así como por campos rodeados,  
En la caza, por muchos ordenada,  
Que do quiera que huyen los venados,  
Hallan lebreles puestos en parada,  
Y son de todas partes acosados,  
Sin que puerta le den desocupada,  
Aquí los muerden perros, allí gritan,  
Aquí caen, allí se precipitan;

Así do cualquier dellos se convierte,  
Hay rodeo de gentes inhumanas,  
Hay lazos, hay camina de la muerte,  
Hay dardos, arcos, flechas y macanas,  
Hay herida mortal, hay golpe fuerte,  
Hay para todo mal crúeles ganas,  
Hay heridos aquí, y allí caidos,  
Aquí lamentacion y allí gemidos.

En esta confusion y batería  
Cada cual Salazar apellidaba,  
El cual de mal de bubas no dormía,  
Y entonces con gran sueño reposaba.  
Al fin lo despertó la vocería.  
Saltando de la cama donde estaba,  
No muy sobresaltado ni desnudo,  
Sino con el espada y el escudo.

El toro madrigado sale fuera  
Encendido de sañas ó furoros;  
Bien pueden hacer alta la barrera  
Los mas sueltos y fuertes lidiadores;  
Porque él hará bien ancha la carrera,  
Do viere los peligros ser mayores;  
Recogió cojos, mancos y tullidos  
De las posibles armas proveidos.

Con una nunca vista lijereza  
Escuadrones contrarios resistía,  
Grandes fuerzas sacó de su flaqueza,  
Animo, corazón y valentía:  
Por el mayor aprieto y aspereza  
De los mas atrevidos se metía,  
Diciendo do mas impetu sostiene:  
«Salazar, Salazar es el que viene.»

Con obras, con palabras y con fieros,  
Hacia de victoria confianza;  
Sus golpes son tan llenos, tan enteros,  
Que no puede vivir quien él alcanza;  
No se vido leon entre corderos  
Hacer tan crudelísima matanza,  
Y no con menos bravo continente,  
Peleaba también su flaca gente.

Al palo va venciendo nuestro hierro,  
A las macanas duras el cuchillo;  
Ayudaba también un cierto perro,  
Llamado según dicen Becerrillo,  
El cual traía ya todo su cerro  
No menos colorado que amarillo;  
Del cual perro nos han contado cosas  
Que se pueden tener por espantosas.

Viendo pues Guarionex su menoscabo,  
Al Salazar dirige su corrida,  
Haciendo con los indios del Guarabo  
Una mas que crúel arremetida:  
Resiste Salazar, y al cabo, al cabo  
A todos los compelen á huida,  
Dejando por el pueblo y á su puerta  
Alguna cantidad de gente muerta.

Aquestos enemigos ya vencidos,  
Esclusos y apartados de sus puertos,  
Cútran los que estaban mal heridos  
Y dieron sepulturas á sus muertos;  
Procuraron de ser mas proveidos,  
Huyendó de pasados desconciertos,  
Conoció no ser parte los que cuento  
Para permanecer en tal asiento.

Y así con ardidés de prudente  
Viendo los pocos hombres que quedaban,  
Uno herido y otro mal doliente,  
Y riesgos que los mal amenazaban,  
Determinó llevar aquesta gente  
A Caparra do los demás estaban:  
Parecer y balance de discreto,  
El cual luego pusieron en efeto.

Desánsense de aqueste flaco gonce,  
Y el campo se partió con mal arreo,  
No con tiros de hierro ni de bronce,  
Pues con espadas hacen el ojeo;  
Si deseaban verse con Joan Ponce,  
Joan Ponce tiene muy mayor deseo,  
El cual se congojaba con sospecha  
De la destruición que estaba hecha.

Su gente dividir no convenia  
Por ser poca y el tiempo peligroso,  
Y estando con penosa fantasia  
Por saber de los otros congojoso,  
Allegó con la gente que traía,  
Diego de Salazar el animoso:  
Los amigos difuntos lamentaron,  
Y pocos con los pocos se holgaron.

Estando pues así toda la tierra,  
Viendo tan peligrosa rebeldía,  
De ocios y sosiegos se destierra  
Joan Ponce de Leon como solía,  
Tornandó con los suyos á la guerra  
Con la poquita gente que tenía,  
En el número poca y aun doliente,  
Pero maravillosa y excelente.

Nunca se vió vigor ni tales mañas  
En tan breves escuadras y cuadrillas;  
Sus vencimientos son cosas estrañas,  
Grandes y nunca vistas maravillas;  
Y tan heróicos hechos y hazañas,  
Que soy muy poco yo para decillas;  
Porque, vencer ejércitos tan agros  
Tan pocos, son misterios y milagros.



Al fin el Boriquén está pujante,  
Dispuesto para toda competencia;  
El español con ánimo bastante  
Para vencer aquesta resistencia;  
Réstanos que pasemos adelante  
A lo que sucedió de la pendencia  
Entre los infieles y cristianos,  
Después que ya vinieron á las manos.

Teniendo juntos pues los que ya digo,  
Que ciento y veinte son cuantos alcanza,  
Porque no se pasase sin castigo  
Una cosa tan digna de venganza;  
Determinó buscar al enemigo  
Que estaba con grandísima pujanza,  
Y para gobernar sus pocas gentes  
Nombró cuatro caudillos escelentes:  
Añasco, Salazar, Miguel de Toro,  
Almansa, cada cual esclarecido;  
Sustancia de la guerra y el decoro  
De lo que puede ser encarecido;  
Pues según rosieler sobre buen oro,  
Lo fueron del ejército florido;  
Entre estos cuatro generosos Martes,  
Partió sus gentes por iguales partes.

Salazar capitán era de cojos,  
Que él mismo por tal nombre se mostraba,  
Enfermos, desbarbados, mas no flojos,  
Sino gente que todo lo talaba;  
Y así hicieron hechos ortodoxos,  
Según necesidad les enseñaba:  
Cierros para huir algún mal trance,  
Y perros para ir en el alcance.

Estando todos bien aderezados  
Para lo llano, sierra y arcabuco,  
Fueron de ciertas indias informados  
Que tomó Salazar en un conuco,  
Estar copia de indios congregados  
A la boca del río Coayuco,  
Flechas, inmensas armas, atabores,  
Y de caribes muchos valedores.

La era del Señor es estendida  
A tres quinientos y once desta cuenta,  
Cuando la hueste destos recogida  
Estaba donde ya se representa;  
Serian once mil en la partida,  
Toda gente crüel, sanguinolenta;  
Formida de mortíferos pertrechos,  
Y dispuestos á mas crüeles hechos.

Estos y muchos otros repartidos  
Al Agueibaná sirven y respetan,  
Los nuestros destas cosas advertidos,  
Muchas cosas consultan y decretan;  
Y fueron en efeto resumidos  
Acometelles antes que acometan,  
Teniendo la presteza por segura,  
Por consistir en ella su ventura.

Anda solicitud á todas velas,  
Alistanse los fuertes morriones,  
Preparan las espadas y rodela,  
Lijeros coseletes de algodones;  
Los alpagates eran las espuelas,  
Que no van en caballos ni trotones;  
Guián la gente grandes adalides,  
Destrisimos en mañas y en ardidés.

Aderezados pues desta manera,  
Caminan por montañas sin camino;  
Con gran silencio pasan la carrera  
Para buscar al bárbaro vecino;  
Vinieron á salir á la frontera,  
Sin faltar á Joan Lopez su buen tino,  
Atalayaron los que son espertos  
Estando con los árboles cubiertos.

Esperaron la noche venidera  
En táticos lugares recogidos,  
Según comun costumbre de la fiera,  
Prestos los piés y atentos los oídos;  
Aguiebaná hacia borrachera  
A los que en su favor eran venidos;  
Cantores en aquellos cantos diestros  
Cantaban ya la muerte de los nuestros.

En despidiéndose rayos febales,  
Y el nubló de la noche derramado,  
Al tiempo que descansan los mortales  
Vencidos del dulzor acostumbrado,  
Salió de entre los suyos Joan Gonzalez,  
Desnudo según indio y embijado  
Con arco fuerte, flechas y carcajes  
Y la cabeza llena de plumajes.

Llegó con el recato que convino,  
Pasando por gran parte de la junta,  
A la cual ocupó tal desatino  
Que quien lo vido nada le pregunta;  
Antes con nublós del bebido vino  
Ser indio de los suyos se barrunta;  
Después que vió roncar toda la gente,  
Volvióse con gracioso continente.

Y sin cubrir la desnudez que tiene,  
Según necesidad de tal acecho,  
Dijo: « todos están como conviene,  
Pues duermen como libres deste hecho. »  
Joan Ponce de Leon no se detiene  
En ordenar los suyos á provecho,  
Tocando con los labios los oídos  
Para que no pudiesen ser sentidos.

Partió luego con todos sus soldados,  
Por escuadras y puestos repartidos,  
Piés seguros, quiéto, sosegados,  
En el acometer bien advertidos;  
Entraron por lugares señalados;  
Aquí, y allí, y allá suenan ruidos  
Causando piés lijeros manos sueltas  
Mil gritas, mil marañas y revueltas.

Lobos entran aquí por los rebaños,  
Por acullá leones los aquejan,  
Por todas partes hay crecidos daños,  
Armas toman aquí, y allí las dejan;  
No pueden atinar á los engaños,  
Por aquí dicen ay, allí se quejan,  
Aquí dan cuchilladas, allí hieren,  
Por esta parte matan, y allí mueren.

No hay muertes que con muertes no segunden,  
Caen gallardos mozos, caen canas,  
Boriquén y caribe se confunden,  
Suenan montes, collados y zavanas  
Con gritos y clamores que se hunden,  
Huellan por arcos, flechas y macanas;  
Si huyen por aquí, por allí pican,  
Aquí dan tropezon, allí tropiecan.

Como nave siguiendo su carrera  
Es de veloces llamas encendida,  
Que el miserable nauta donde quiera  
Halla su perdición y su caída,  
En fuego si no quiere salir fuera,  
En agua si salió perdió la vida:  
Arriba pena, confusion, presura,  
Y abajo muerte, mal y desventura;

Así con estas mismas confusiones,  
Si deste punto huyen de mal arte,  
Daban en mas terribles turbaciones;  
Si por aquí los hiere duro Marte,  
Por acullá crüeles escuadrones;  
Muerte, fuerza, temor de cada parte,  
Sangre, terror, dolor, tristes gemidos,  
Montón grande de muertos y caídos.

Ardiendo va la furia que no cesa,  
Las manos y los piés andan espertos,  
Cumpliendo cada cual con su promesa  
En ocupar lugares descubiertos;  
Finalmente, les dieron tanta priesa  
Que se quedaron solos con los muertos;  
El español brioso, poco manso,  
Mas bien necesitado de descanso.

Muertos los que de cuervos fueron cebo  
Tuvieron todos vigilante vela,  
Sin escusarse viejo ni manco  
De dejar el espada ni rodela;  
Hasta tanto que ya la luz de Febo  
Con sus dorados rayos los consueta:  
Comieron; pero yo por estar harto,  
Remito mi manjar al canto cuarto.

## CANTO CUARTO.

Donde se cuentan otras victorias que los españoles tuvieron en pacificación del dicho Boriquén.

Estremos grandes son de cobardía  
Temer y recelar en esta vida  
El peligro que por ninguna vía  
Tiene desagüadero ni salida;  
Rebate grandes riesgos osadia,  
Buen ánimo restaura su caída,  
El brio y el valor del varon fuerte  
Suele hacer de mala buena suerte.

Esto mostró muy bien según os nuestro  
Joan Ponce con valor jamás oído,  
Pues no supo temer hado siniestro  
Al tiempo que se vido mas caído;  
Antes como diestrisimo maestro  
No quiso conocerse por vencido,  
Osó volver la rueda mal segura,  
Y dióle buen suceso su ventura.

Porque todos los indios congregados,  
Y los que por la isla mas habia  
Quedaron desta vez tan hostigados  
Que no mostraban tanta lozania;  
Puesto caso que no tan desmayados  
Que no piensen volver á la porfia,  
Mayormente la gente mas remota,  
Que nunca se hallaron en la rota.

Destos el uno fué Mabodomoca,  
Que estaba con seiscientos compañeros  
Vacándose muy largo de la boca  
En confianza destos sus guerreros;  
Juntamente con él la gente toca  
Hacia mil desgarros y mil fieros,  
Burlándose del misero paciente  
Por dejarse vencer de nuestra gente.

Destos los capitanes mas ufanos  
Consultaban sus falsos adevinos,  
Hiriendo de los piés y de las manos,  
Peor que con espíritus malinos,  
Diciendo: « vengan, vengan los cristianos,  
Que aquí les barreremos los caminos,  
Y venga Salazar con su cuadrilla,  
Verá cómo le va con la rencilla. »

Todas aquellas cosas que hablaban  
Con aquellas robustas confianzas,  
Supieron los cristianos donde estaban  
Haciendo sus castigos y venganzas;  
Informados de indios que tomaban  
Por sendas ó caminos de labranzas,  
Y riendo decían: « compañeros,  
A Salazar, á vos os hacen fieros. »

Respondió Salazar con gran paciencia:  
« Yo pues iré de muy entera gana,  
Si nuestro general diere licencia  
Para que nos partamos de mañana;  
Porque será gran cargo de conciencia  
No ver qué quiera gente tan lozana;  
Y si menester es que mas lo ruegue  
Con gran instancia pido no la niegue. »

Luego Joan Ponce de Leon ordena  
Que vaya con la gente que allí tiene,  
Diciéndole: « señor, id norabuena  
Como quien sabe bien lo que conviene;  
Llegando, si pudierdes, sobre cena  
Proveyendo de música que sueñe,  
Pues el entrada menos peligrosa  
Es cuando la comida se reposa. »

Respondió Salazar: « hora segura  
Es esa, según claro se nos muestra;  
Mas el tiempo, sazón y coyuntura  
Es para tales cosas gran maestra;  
Vamos cubiertos por el espesura,  
Guie Joan de Leon con mano diestra,  
Para que como viéremos hagamos  
Después que juntos dellos nos pongamos. »

El fuerte Salazar tocó su cuerno  
Llamando los que están apercebidos;  
Recogió los que son de su gobierno,  
Mozuelos, medio mancos y tullidos;  
Pero como demonios del infierno  
En ser fuertes, osados y atrevidos,  
De Caparra salieron y sus puertos  
Por ásperas montañas encubiertos.

En confianza del favor divino  
De partes descubiertas se desvian,  
Sin rastro ni pisada de camino  
Por el Joan de Leon todos se guian:  
El adalid guió con tan buen tino,  
Que pudieron salir donde querian;  
Luego pasaron é hicieron alto  
Para poder sin riesgo dar asalto.

En un árbol pusieron atalaya,  
Desde donde mirando muy atento  
Descubrió muchos indios por la playa,  
Y dió la relacion con gran contento;  
El mas flaco varon menos desmaya,  
Antes cobró brioso movimiento,  
Porque para medrar vian al ojo  
Donde poder tomar algun despojo.

Entraron todos ellos en consulta,  
El mozo desbarbado y el de calva  
Dieron sus pareceres, y resulta  
Que para se hacer mejor la salva,  
Por la parte mejor y mas oculta  
En la gente crüel diesen al alba,  
Y así velaron todos con cuidado  
Hasta llegar el tiempo señalado.

La luz esclarecida de Diana  
Sus dorados cabellos recogía,  
Y Venus anunciaba la mañana  
Que por pasos contados se venía,  
Cuando la poca gente castellana  
Sobresaltó la dura compañía:  
Con piés lijeros y veloz espada  
Por dos partes ocupan la manada.

Comienzan los mortíferos conciertos  
Y golpes de clemencia despedidos,  
Huyen por los montes los despiertos,  
Despiertan los que estaban, mas dormidos:  
Aquí vereis caídos, allí muertos,  
Por todas partes quejas y gemidos;  
Revolvió sobre sí Mabodomoca,  
Y á su justa defensa los provoca.

Acuden los gandules esforzados  
Según á bravos toros los alanos,  
Danse terribles golpes y pesados  
Encuentros y rencuentros inhumanos;  
De tal suerte que ya nuestros soldados  
Habian menester entrambas manos;  
Mas en aquestas gritas y rencillas  
El Salazar hacia maravillas.

Joan Leon también, singular hombre,  
Andaba por aquellos escuadrones  
Conformando las obras con su nombre,  
Ambos á dos fortísimos leones;  
Haciendo los demás ganar renombre,  
En estas belicosas turbaciones,  
Ensangrentados cuerpos y paveses  
De los terribles golpes y reveses.

Cuando la luz de Febo se presenta  
Por las cumbres de montes ensalzados,  
Tenian muertos ya ciento y cincuenta  
De los indios que son mas señalados;  
Viendo los otros burla tan sangrienta,  
A volver las espaldas son forzados,  
Los nuestros, por hallar algún buen lance,  
A gran priesa seguían el alcance.

Aquel Joan de León un indio destos  
Acaso vió huir por cierta vía,  
Dispuesto mas que todos los dispuestos  
En miembros, gentileza y gallardía;  
El indio con dañados presupuestos  
Fingió que del Leon se retraía;  
Cebábase Leon por sus provechos,  
Viendo que lleva joyas en los pechos.



Por no perder aquella buena presa,  
Con osadía mas que de valiente,  
Tras de la caza va por la dehesa  
Sin que lo viese nadie de su gente;  
El indio como vió puesta la mesa  
Acudió contra él incontinente,  
Diciéndole: «repara, porque veas  
Quién merece mejor estas preseas.»

Cada cual de los dos iba lozano  
Y al singular eertamen no sin gana,  
El indio con sus dardos en la mano  
Y con poderosísima macana;  
Leon consideró con seso sano  
Que cumpla hacer rodela sana;  
El dispuesto gandul se llegó junto  
Al español que no le pierde punto.

El indio con las mas fuerzas que pudo  
Despide de las manos en un dardo,  
Pasó toda la tabla del escudo  
Sin bastalle dureza ni reguardo,  
Y entró hasta parar en cierto fudo  
Del sayo de algodón y duro fardo;  
Y á no ser la herida tan al sesgo  
Joan de Leon corria harto riesgo.

El cual procuró luego de alcanzallo  
Y dalle golpe lleno con el bierro;  
Mas él huía como buen caballo,  
Acometiéndolo bravo como perro;  
Y cuando mas pensaba de cansallo,  
Tanto mejor subiera por un cerro,  
Antes el español, como cargado  
De mas armas, andaba mas cansado.

Libró los otros dos dardos galanos,  
Apuntando con ellos mas al viso,  
Impetuosos ambos, pero vanos  
Por esperallos con mejor aviso;  
Vense los combatientes ya cercanos  
Por querer uno lo que el otro quiso,  
El espada procura lo que resta,  
Y el indio la macana tiene presta.

El cual en este caso mas agudo,  
A causa de ser menos impedido,  
Tal golpe dió por cima del escudo,  
Que casi lo privó de su sentido,  
Mas esforzose todo cuanto pudo,  
Y apechugó con él amodorrado,  
Pensando barrenallo por debajo;  
Mas el indio con salto se retrajo.

Estando cada cual con el desino  
De poder sujetar contrario Marte,  
Un español llegó por el camino,  
Y un bárbaro también por otra parte;  
El español al español se vino,  
El indio por el indio se reparte;  
Y como no lo tiene de costumbre,  
Leon recibió grande pesadumbre.

Pues viéndolo venir desta manera,  
Dijo desde el lugar donde se halla,  
«Pesar de mí, señor, teneos afuera,  
Mirando desde lejos la batalla;  
Que no soy yo gallina ponederera,  
Ni me espantan cien mil desta canalla;»  
Cubrióse del escudo con coraje,  
Y arremetió de veras al salvaje.

Descargó la macana levantada  
El indio por matar nuestro cristiano,  
Corren por ella filos del espada  
Cortándole los dedos de la mano;  
La rodela quedó bien quebrantada,  
Y el dueño quedó del todo sano;  
Mas, como ya con brazos hacen guerra,  
La daga muerto dió con él en tierra.

Grandísimo pesar tomó de vello  
El bárbaro segundo que venia,  
Que quisiera llegar á socorrello,  
Mas aquel español lo defendia;  
Por lo cual anduvieron al caballo,  
Puesto que no con tanta valentia;  
Pues el otro quitado de por medio,  
Huir le pareció mejor remedio.

Los trances rigurosos acabados  
Y el un indio huído y otro muerto,  
Vinieron los dichos dos soldados  
A los demás que estaban en el puerto,  
Adonde los hallaron congregados;  
Y puestos en buen orden y concierto,  
Trató Leon de sus inconvenientes,  
No sin admiración de los oyentes.

Mas no poquitas veces ponen miedo  
A gentes valerosas españolas  
La fuerza, la soltura y el denuedo  
Que tienen muchos indios á sus solas;  
Que como valerosos á pié quedo  
Ganan victoriosas laureolas,  
Heles visto hacer hechos estraños,  
Y en nuestra gente no pequeños daños.

Y en tierra de Cubagua, que no callo  
Por ser de los guerreros la princesa,  
A hombres en la guerra hecho callo  
Ya vimos en llanísima dehesa,  
Siete indios á siete de caballo  
Quitalles los despojos y la presa,  
Con otra cosa no de menos fama  
En un río que Guárico se llama.

Esto fué que Fernando de Baeza  
Un indio vió que le mostró las suelas,  
Y para lo coger en poca pieza  
Al caballo hirió de las espuelas;  
A él lijeros pasos endereza,  
Pensando de traello con pihuelas;  
El indio como ya lo vió cercano  
No rehusó parar en lo mas llano.

El cual con valeroso continente,  
Macana con dos manos esgrimiendo,  
Se defendia valerosamente,  
La lanza y el caballo rebatiendo;  
El español de vello tan valiente,  
Los labios con despecho remordiendo;  
Arremetió con vana confianza,  
Pensando de llevarlo con la lanza.

Bien pensaba matallo de camino  
Y quedalle también el brazo sano;  
Pero contrariamente les avino,  
Pues el indio con ánimo romano  
Dió de través un salto peregrino,  
Y quitóle la lanza de la mano,  
El cual después de hechia tal ofensa  
Con la lanza hacia su defensa.

Pues como ya la lanza le faltase,  
Y al indio vió también quedar intato,  
Esperando la gente que llegase  
Estúvose suspenso por un rato,  
Temiendo que el caballo le matase  
Por no valer entonces tan barato  
Como vemos al tiempo que esto cuento,  
Que lo que uno valia cuestan ciento.

Hernando de Baeza pues estancia  
Por la causa que tengo declarada,  
Esperando que llegue gente blanca  
De los comiliones del armada;  
Allegó luego Joan de Salamanca  
Con Francisco Martin de la Bogada,  
Y otros dos de caballo, buenos hombres,  
Que ya no me recuerdo de sus nombres.

Llegados estos cuatro por la via  
Donde el dicho Baeza reparaba,  
Vieron el indio que se defendia  
Con aspeto feroz y furia brava;  
Y como con lozana gallardía  
La lanza por el cuento blandieaba,  
Cada cual dellos á decir comienza:  
¡Qué grande poquedad y qué vergüenza!

Mas cada cual guardaba su caballo  
Al riesgo no queriendo ser anejos,  
Y así, con intencion de lanceallo,  
Tiráronle las lanzas desde lejos;  
No pudieron herillo ni matallo,  
Quedándose confusos y perplejos;  
Ansi que de las lanzas rebatidas  
Tenia todas cinco recogidas.

Estando todos no sabiendo cómo  
Sacar las lanzas del gandul guardoso,  
Allegó por allí Luis Perdomo,  
Soldado diestro, suelto y animoso,  
Hombre para la guerra de gran tomo,  
Y en lances semejantes venturoso,  
Natural de las islas de Canaria,  
Y de los antiquísimos de Paria,

El cual en gran manera se reia;  
Y no sin confusion destos cristianos,  
Se bajó del caballo que traia,  
La lanza mal asida con las manos,  
Porque de manco ya no las tenia,  
A lo menos en ellas dedos sanos:  
Desta manera pues se fué llegando  
Su vida y la-del indio guardando.

Afirmóse también de su postura  
El indio sin recelo del combate,  
Tirándole dos botes con soltura,  
Que luego Luis Perdomo le rebate,  
Y entró con él en esta coyuntura,  
No queriendo matar ni que lo mate,  
Y así vinieron ambos á la lucha,  
De cada parte no sin fuerza mucha.

Cada cual dellos juega falsa treta,  
Pues barren los hocicos la ceniza,  
El vestido las manos mal aprieta,  
El que no tiene ropa se desliza;  
Mas al fin el vestido lo sujeta,  
Y á puño y bofetón lo martiriza;  
Sirvióle después bien este captivo  
El tiempo que en el mundo duró vivo.

En otros muchos lances no reparo,  
Aunque por cierto yo vi grandes cosas,  
Que podrán admirar si las declaro,  
Y me diere Dios horas espaciosas;  
Mas quierome volver á Zalazaro,  
Pues vuelve con sus gentes victoriosas,  
Heridos hasta dos ó tres soldados,  
Y todos ellos bien aprovechados.

Regocijados todos desta gloria  
Por pasos de caminos conocidos,  
Llegaron á la villa ya notoria,  
Donde con honra fueron recibidos,  
Congratulándose de la victoria  
Que ganaron los cojos y tullidos,  
Con otras muchas mas que, Dios mediante,  
Podrán ver los letores adelante.

## CANTO QUINTO,

Donde se cuenta la pacificación de toda la isla y la postrera batalla, donde todos los indios estaban juntos con grandes valedores de caribes.

El que padece penas y dolores,  
Ajeno del descanso que tenia,  
Forzado de sus mismos sinsabores  
Suele perder temor y cohardía;  
Y así no pocas veces los temores  
Engendran y producen osadía,  
Porque por remediar vieja querella  
Procuran de bebella ó de vertella.

Movidos deste mal los boriqúenes,  
Viéndose perseguir por tantos modos,  
Perdidas sus haciendas y sus bienes,  
Quisiéronse meter hasta los codos,  
Asegurándose destos vaivenes,  
O de una sola vez perderse todos,  
Queriendo mas morir por sus defensas  
Que ver y padecer tantas ofensas.

Para valerse pues contra los males  
De la guerra que tanto les apoca,  
Hizo junta de indios naturales  
Agueibaná que todos los provoca;  
Llegáronse señores principales:  
Aimano, Guaronex, Mobodomoca,  
Y demás destas gentes en que estriba  
Crecida cantidad de la cariba.

Fornaron una hueste poderosa  
Con que cubrían campos y zavalas,  
Arreados de yerba ponzoñosa,  
Usada destas gentes inhumanas;  
Jamás se vido semejante cosa  
De dardos, arcos, flechas y macanas,  
Tan grande munición, tantos carcajes,  
Tantas diversidades de plumajes.

En las guerras espertos y avisados  
Serian quince mil los deste cuento,  
Y todos por los trances ya contados  
Faltos de temeroso sufrimiento;  
Hizo de los caribes mas nombrados  
El rey Agueibaná su llamamiento,  
Y así como llegó la gente fiera  
A todos les habló desta manera:

«El bueno que procura valedores  
Para se defender de malas gentes,  
Debe tener en mucho los favores  
De sus vecinos, deudos y parientes;  
Y en mas se preciarán cuanto mayores  
Y á su necesidad mas convinientes;  
Que la falta con tiempo socorrida  
Conviene ser muy mas agradecida.»

» Considerando pues cuán á lo largo  
Corre mi trabajosa desventura,  
Habeisme puesto todos en gran cargo  
Con amistad de fuerte ligadura,  
Por socorrer en tiempo tan amargo  
Y en tan necesitada coyuntura,  
Que si nos falleciere y es ninguna,  
No se puede tentar otra fortuna.

» Y pues que vuestros bravos movimientos  
Son perpetuo terror de los humanos,  
Tanto que dellos son vuestros sustentos  
Y los manjares mas cotidianos;  
Deseo que varones tan sangrientos  
No se nos escapasen de las manos,  
Para que desta vez se mate fuego  
Que nos causa mortal desasosiego.

» Porque si desta vez no se destierra  
Esta plaga y aquesta desventura,  
También ha de correr por vuestra tierra,  
Sin que podais tener hora segura,  
No tiene de faltaros cruda guerra,  
Infame sujeción y cárcel dura,  
Porque para hartar su hambre loca  
Lo mas se les antoja cosa poca.

» Los ejemplos tenemos en las manos,  
Con pérdida de nuestras vecindades;  
Pues, desde que los hayties fueron llanos,  
Con nunca jamás vistas crueldades  
Pasaron, como veis, á los cercanos,  
Do só color de buenas amistades,  
Privan á todos de las dulces prendas,  
De hijos y mujeres y haciendas.

» Si desta suerte ya quedan los otros,  
Sujeto y acabado nuestro bando,  
Es claro que ninguno de vosotros  
Podriades quedaros alabando;  
Sino que victoriosos de nosotros  
Os seguirá furor no menos blando,  
Y aun á los de costumbres mas oscenas  
Acaso punirán con las setenas.

» Así que, para vernos redimidos  
De tantas afliciones y cuidados,  
Querria que si fuistes atrevidos,  
Seais mas atrevidos y esforzados;  
Los contrarios son pocos y tullidos,  
Aunque valientes y determinados,  
Pero poco valdrá su pesadumbre  
Contra tan infinita muchedumbre.»

Las gentes inhumanas y crúeles,  
Oída la razon de tantas penas,  
Respondieron allí por sus cuarteles  
Palabras de temores bien ajenas,  
Con furia de grandisimos lebreles  
Que por morder remuerden las cadenas,  
Encendidos de pestilente gana  
De ya poder beber sangre cristiana.